

## Hacer vivir y dejar morir. “La parte de los crímenes” en la novela 2666 de Roberto Bolaño.

To Make Live and Let Die. "The Part of the Crimes" in the Novel 2666 of Roberto Bolaño.

César Zamorano Díaz\*

### Resumen

El presente artículo aborda la cuarta parte de la novela 2666 titulada “La parte de los crímenes” del escritor chileno Roberto Bolaño, donde se presenta con intensidad la violencia a las mujeres en el contexto fronterizo de las sociedades neoliberales actuales. A partir de los crímenes relatados, la novela permite reconocer las condiciones de pauperización del trabajo de las maquilas en la sociedad de mercado transnacional y la mujer al interior de ese espacio ya no definido desde el estado-nación, sino desde el espacio indeterminado de los flujos de personas y productos, lo que para Foucault constituye una biopolítica de hacer vivir y dejar morir. Al mismo tiempo, atendiendo a su forma narrativa, la novela permite plantear, siguiendo a Benjamin con su noción de *alegoría*, una propuesta política definida por una estética del horror y la violencia.

Palabras claves: Bolaño, feminicidio, alegoría, maquila, Foucault

### Abstract

The present article addresses the fourth part of the novel 2666 titled "The part of the crimes" of the Chilean writer Roberto Bolaño, where the violence to the women in the border context of the present neoliberal societies is presented with intensity. From the crimes described, the novel allows us to recognize the conditions of pauperization of the work of the Maquilas in the transnational market society and women within that space no longer defined from the nation-state, but from the indeterminate space of the flows of people and products, which for Foucault constitutes a biopolitics of making live and letting dies. At the same time, according to its narrative form, the novel allows to recognize, following Benjamin with his notion of *allegory*, a political proposal defined by an aesthetic of horror and violence.

Keywords: Bolaño, Femicide, Allegory, Maquila, Foucault

---

\* Chileno, Doctor en Literatura hispánica por la University of Pittsburgh. Fundador y editor de Catedral Tomada. Correo: cesarzamo33@gmail.com

*“Es tarea más ardua honrar la memoria de los seres anónimos que la de las personas célebres. La construcción histórica está consagrada a la memoria de los que no tienen nombre”. W. Benjamin*  
*“-Nos hemos acostumbrado a la muerte- oyó que decía el tipo joven.*  
*-Siempre –dijo el tipo canoso-, siempre ha sido así”.*  
 (2666)

Dividida en cinco partes, la novela póstuma de Roberto Bolaño 2666 despliega cada una de ellas de manera independiente, no lineal. Bien pueden ser entendidos como libros distintos y leídos en un orden aleatorio, aunque en conjunto, la novela no deja de contener filiaciones apelables a un lector que se quiera embarcar en una de las obras monumentales de las letras latinoamericanas.<sup>1</sup> Ante ello, cualquier intento de sintetizar un libro enorme como éste resulta, sino imposible, por lo menos infructuoso. Aunque son muchos libros, narraciones e historias, hay ciertas coordenadas transversales que podemos reconocer y que circulan o transitan en medio y por los cuerpos de mujeres asesinadas en Santa Teresa, una ciudad límite de México con Estados Unidos que bien podríamos identificar con ciudad Juárez. Precisamente, debido a la relevancia de la figura de la violencia y la muerte en toda la obra, “La parte de los crímenes” adquiere un protagonismo y que permitiría desde allí una mirada a la novela como conjunto. Primeramente, la lectura se centrará en torno a la estructura social que puede ser visible en la novela. La relación entre el estado soberano o su ausencia y el trabajo de las maquilas funcionan como claves de visibilidad de la pauperización de las relaciones económicas en la sociedad de mercado transnacional y la problemática de la mujer al interior de la sociedad actual donde el eje soberano ya no está determinado en el lugar del estado-nación, sino en el no-lugar, espacio indeterminado de los flujos comerciales. Posteriormente trataré de atender a su modo de escritura, definida por una forma específica de narrar, lo que permitirá reconocer una estrecha relación entre una propuesta ética y una estética del horror y la violencia.

## LA PARTE DE LOS CRÍMENES

La narración de esta cuarta parte o novela, la más extensa, comienza aceleradamente relatando el “primer” encuentro con el cuerpo de una mujer asesinada, inaugurando una larga y detallada descripción de mujeres muertas, mutiladas, violadas, quemadas y otros tantos horrores que se narran meticulosamente a lo largo de todo este capítulo. Luego de describir el modo en que se encuentra el cuerpo, el narrador continúa:

<sup>1</sup> Es de común conocimiento que el libro fue publicado póstumamente, aunque Bolaño dejó claras y precisas condiciones de publicación. Básicamente, como un modo de contribuir a la mantención de sus hijos, solicitó que el libro fuera publicado en forma independiente y progresiva y no como el libro que actualmente conocemos. Sin embargo, sus herederos, junto con el editor Jorge Herralde y el crítico Ignacio Echevarría decidieron, en honor al valor literario por sobre el interés económico, publicarlos como única novela. Véase s/a, p. 11.



Esto ocurrió en 1993. A partir de esta muerte comenzaron a contarse los asesinatos de mujeres. Pero es probable que antes hubiera otras. La primera muerte se llamaba Esperanza Gómez Saldaña y tenía trece años. Pero es probable que no fuera la primera muerte. Tal vez por comodidad, por ser la primera asesinada en el año 1993, ella encabeza la lista. Aunque seguramente en 1992 murieron otras. Otras que quedaron fuera de la lista o que jamás nadie las encontró, enterradas en fosas comunes en el desierto o esparcidas sus cenizas en medio de la noche, cuando ni el que siembra sabe dónde, en qué lugar se encuentra. (2004, 444)

La mención a la fecha de 1993 y a Esperanza Gómez Saldaña como la primera muerte en Santa Teresa es un inicio del ejercicio de narrar, es el principio del contar, aunque no solo de las muertes ni de los cadáveres que se esparcen por este capítulo. Comprende el punto en que por primera vez comienza a hacerse visible en toda su intensidad, magnitud y constancia los asesinatos de mujeres, la mayoría trabajadoras de las maquilas; obreras que se debaten entre la sobrevivencia cotidiana y un universo simbólico que las relega al espacio de la marginación y el olvido. Así, “A partir de esta muerte comenzaron a contarse los asesinatos de mujeres” genera un doble sentido que pretende, por un lado, fechar el horror serializado como fenómeno públicamente visible, pero también abrir un espacio de visibilidad de los crímenes al comenzar a “contarse”. Cuantificación macabra, pero al mismo tiempo “contarse” como hablar, decir, hacer que los cuerpos comiencen a dar luces acerca de sus vidas previas a ser silenciados, cercenados, destinados al basural, al sitio baldío sin memoria, sin registro.

Podríamos decir entonces que estos son los cuerpos que protagonizan *La parte de los crímenes*. La repetición de imágenes de cuerpos arrojados en sitios eriazos radicaliza la violencia como el tropo constante del relato. Violencia que adquiere la forma de lo fragmentado, frío, como los cadáveres encontrados. Repetición que en su exceso nos lleva incluso al hastío, como queriendo grabar, con cada descripción, las imágenes de estos crímenes en el lector, casi como un ejercicio mnemotécnico de recuperación de la memoria al que alude Nietzsche: “Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; solo lo que no cesa de *doler* permanece en la memoria” (1994, 69). Imágenes desplegadas en serie, apenas matizadas por los detalles de rastros dejados en los cuerpos, en especial aquellos que refieren a la violencia sexual que las víctimas sufrieron antes de su muerte. Grabados que hablan de un lenguaje, de un universo alegórico que es preciso desentrañar.

El narrador de un modo particular construye, a partir de la aparición de los cuerpos, las vidas y experiencias de sujetos femeninos convertidos en una mera referencia estadística por los poderes institucionalizados, como la policía, la política o la prensa, que las sitúan como el resultado de una violencia periférica, perversa, pero de ningún modo resultado de un sistema político y económico endémico de su lógica global, donde la indefensión y el desamparo de gran parte de la población se ha hecho constitutivo de su propia estructura general. La voz narrativa al exacerbar el desánimo que ronda en el esclarecimiento de los asesinatos, nos sitúa en una dinámica del olvido propio del ejercicio pálido del desinterés. En la novela se describe esa actitud de los policías cuando, al realizar los peritajes de rigor ante el descubrimiento de un nuevo cadáver, “con gesto cansado, como soldados atrapados en un *continuum* temporal que acuden una y otra vez a la misma derrota, se pusieron a trabajar” (661). Es por este *continuum* temporal que las hace irreconocibles, silenciadas muchas incluso en su identidad, como arrojadas desde la nada para luego, quedar sumidas nuevamente en el anonimato de la impunidad.

Entre esa serie de víctimas aparecidas de la nada, muchas de ellas sin historia ni recuerdos que registren su pasar por el mundo, surgen también otro tipo de asesinatos, ahora sí identificados



y que permiten ahondar en la proporción real de la figura del feminicidio que Bolaño intenta retratar<sup>2</sup>. Son casos que pertenecen al registro de lo que se suele llamar “violencia doméstica”. Como es el caso de Luisa Celina Vásquez, estrangulada por su amante Ezequiel Romero, quien rehusó el intento de ruptura que ella le propuso a causa de su embarazo, confesando que “al cabo de unos meses, cuando la decisión de Luisa Celina era irreversible, decidió en un arranque de locura, matarla” (445). O el caso de Gabriela Morón, muerta a balazos por su novio ante la negativa de emigrar con él a Estados Unidos. (488) Un último caso aún más estremecedor que los anteriores es de Felicidad Jiménez Jiménez. Fue encontrada por sus vecinos en su casa con más de sesenta cuchilladas y un trozo de madera incrustado en la vagina. El autor del crimen, su propio hijo, ante la insistencia de la policía por intentar descifrar la causa del crimen, especialmente el uso de un trozo de madera, “respondió primero que no lo sabía, y después, tras pensárselo más detenidamente, que lo había hecho para que aprendiera. ¿Para que aprendiera qué?, preguntaron los policías [...]. Para que aprendiera a que con él no se podía jugar”. (492)

¿Cuál es este juego? ¿En qué consiste el negocio en el que la madre no podía participar? El relato de estos crímenes de mujeres ahora con rostro y con historia, asesinadas por sus esposos, compañeros y que, mediante la confesión de sus asesinos, podemos reconstruir sus vidas, sus historias y sus miserias, ponen en conjunto con los cuerpos encontrados de mujeres violentadas por circunstancias desconocidas, ante una dimensión más amplia y transversal de la violencia de mujeres, para profundizar la noción del feminicidio. Violencia ya no sólo presentada como actos criminales de complejas y perversas conexiones de ciertos grupos poderosos, pero anormales: más bien vendría a notificar el resultado de una sociedad que no solo reproduce estos actos sino que los fomenta. Al incorporar las muertes de mujeres encontradas en sitios eriazos junto con la violencia intrafamiliar, la novela pone en evidencia una condición social en que las mujeres son subalternizadas, haciendo que esta asimetría de poder se manifieste en la violencia sobre sus cuerpos, reflejando los excesos de una sociedad capitalista que desampara, abandona y somete. Es el odio fermentado en la miseria de un espacio borde-límite-sobra, como resto de un centro, basural donde serán arrojados las miserias y los desperdicios de nuestra sociedad.

## SOBERANÍA Y TERRITORIO

La narración tiene como espacio físico Santa Teresa, lugar periférico que surge en los bordes de Estados Unidos, una sociedad privilegiada y simbólicamente próspera que funciona como fuerza simbólica de progreso y que se instala como fuente inagotable de esperanza. Localiza a la ciudad de Santa Teresa en el lugar límite externo de un espacio modelo de una nueva forma de territorialidad capitalista, que sirve como periferia de esa prosperidad, como su patio trasero

<sup>2</sup> Según consigna Roberto Ponce-Cordero en su disertación *A Dynamo of Violent Stories: Reading the Feminicides of Ciudad Juárez as Narratives*, dedicada a las narrativas en torno a los asesinatos de mujeres en ciudad Juárez, la primera vez que es utilizada la palabra *Femicide* fue en un libro escrito en 1801 por John Corry titulado *A Satirical View of London*, aunque su mayor desarrollo en estudios de género fue cuando Diana E.H. Russell y Jill Radford editaron un libro llamado *Femicide: The Politics of Woman Killing*. Sin embargo, el concepto Femicidio es menos usado que el concepto Feminicidio, precisamente porque femicidio alude al asesinato de mujeres como homólogo de homicidio. Feminicidio amplía el efecto y el desarrollo de esta violencia a las mujeres al aludir no solo a la particularidad del asesinato de mujeres, sino también a todo tipo de violencia y a un conjunto mayor de actores incluyendo imaginarios culturales y agentes estatales que, por acción u omisión, han sido cómplice de dichas prácticas. Finalmente, feminicidio atendería también a la noción de genocidio como “crimen contra la humanidad”, por tanto, feminicidio sería un genocidio contra las mujeres. (13)



industrial. Podemos comprender la violencia al interior de un espacio más amplio y global donde el estado soberano ha sido debilitado en función de los flujos transnacionales que han trastocado la noción de ciudadano por el de trabajadores y consumidores que permanecen en uno u otro espacio de la división de privilegios sociales. De este modo, dentro de esta asimetría de intereses y privilegios, el Estado se ha vuelto insuficiente para asegurar las condiciones mínimas de subsistencia, pauperizando a gran parte de la población en función de intereses de capitales. En este sentido, podemos pensar que la garantía de una cierta institucionalidad política regulatoria sería suficiente para terminar con el asesinato de mujeres. Sin embargo, pensar “La parte de los crímenes” como la explicitación del fracaso del Estado soberano, su incapacidad de ejercer su poder, resguardando la seguridad de sus ciudadanos, supondría que el Estado soberano moderno se mantiene hasta nuestros días. Si atendemos al movimiento planteado por Foucault de una nueva funcionalidad del estado soberano que ya no desea la dominación, ni su fuerza depende de su poder de muerte, entonces el dejar la muerte fuera del Estado significa que asume un nuevo papel de dejar morir. Cabe consignar que, en esta dinámica entre violencia y periferia, lugar de abandono y explotación es definida por un centro privilegiado presente en gran parte de los relatos. La frontera siempre se escabulle ante la descripción de las biografías que estos cadáveres susurran. Como el caso ya mencionado de Gabriela Morón, podemos agregar el de Penélope Méndez, niña violada y asesinada que fue intensamente buscada por su madre y hermano, quienes trabajaban duramente para vivir, desde que el padre había intentado emigrar a Estados Unidos, sin tener noticias sobre su destino final (Bolaño 2004, 503). Es este flujo migratorio y económico el que resignifica el carácter hegemónico de la violencia, que es desplazada desde el Estado como conjunto político que tradicionalmente constituye el monopolio de la coerción y el ejercicio de producir la muerte y preservar la vida, hacia dispositivos intermedios, dislocados de un centro privilegiado.

Para Foucault<sup>3</sup>, la conformación y comprensión de la sociedad en términos biopolíticos comprende a los sujetos y la sociedad civil en su conjunto en términos de población. Esto significa que las sociedades de control y disciplinamiento, que representan las sociedades europeas de los siglos XVIII y XIX, son desplazadas, aunque en ningún caso eliminadas, por una estrategia más bien de regulación de los flujos poblacionales, esto es, atendiendo ya no al mero sometimiento de los cuerpos, a su control y disciplinamiento, sino sobretodo como estrategias que regulen masivamente la vida, de una regulación de los flujos migratorios, generacionales y genéricos.

[...] tenemos una tecnología que no se centra en el cuerpo sino en la vida; una tecnología que reagrupa los efectos de masas propios de una población, que procura controlar la serie de acontecimientos riesgosos que pueden producirse en una masa viviente; una tecnología que procura controlar (y eventualmente modificar) su probabilidad o, en todo caso, compensar sus efectos. Es una tecnología, en consecuencia, que aspira, no por medio del adiestramiento opuesta a o distinta de una tecnología de seguridad; una tecnología disciplinaria que se distingue de una tecnología aseguradora o regularizadora; una tecnología que sin duda es, en ambos casos, tecnología del cuerpo, pero en uno de ellos se trata de una tecnología en que el cuerpo se individualiza como organismo dotado de

<sup>3</sup> Michel Foucault, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1997.



capacidades, y en el otro, de una tecnología en que los cuerpos se reubican en los procesos biológicos de conjunto. (1997, 225)

Tomando como punto de partida la noción de biopolítica que identifica los modos de dominación como regulación de la vida en tanto especie humana, el esquema de una sociedad capitalista interviene en la actividad de los sujetos en tanto flujos de una corriente poblacional y colectiva. Su interés radica ya no en la apropiación de los sujetos en su dimensión individual, existencial y concreta, sino como masas conjuntas en los cuales sus procesos de materialidades son abordadas desde una epistemología y una política de la estadística, de las regulaciones poblacionales donde los sujetos son prescindibles, liberados en su devenir en tanto no alteren el equilibrio de los modelos macros en los cuales se encuentran insertos. Estas modificaciones en las formas de soberanía inauguradas a partir del siglo XIX están mediatizada por la producción de dispositivos de regulación a nivel macro e intervienen directamente en las construcciones sociales a nivel colectivo. Se puede afirmar que la figura del soberano, a la luz de nuestra contemporaneidad ha sido asumida por un aparato transnacional, que ya no está limitado por cortes territoriales ni por soberanías identitarias nacionales. De esta manera es capaz de intervenir ya no frontalmente en la anulación de la vida como eje central de su poder soberano, sino en su más indiferenciada pero todopoderosa capacidad de dejar vivir, de organizar las existencias como conjunto, modificando radicalmente las condiciones geopolíticas de sobrevivencia de una gran parte de la población que ocupa el lugar de la indefensión y la miseria. “El derecho de soberanía es, entonces, el de hacer vivir o dejar morir” (Foucault 1997, 218). Se trata, en definitiva de controlar y regular los flujos sociales en función de un imperativo económico que intenta asegurar un crecimiento de ganancias que no se reflejan en los sujetos individuales. La soberanía entonces permite propiciar ciertos bienestar y seguridades sociales a ciertos grupos y a otros legados a su propia circulación y subsistencia. En este sentido, en el modo y el protagonismo de los hechos descritos por Bolaño hay una clara tendencia a producir en su narrativa una apropiación del mal, como eje central no solo de su obra, sino también como una constatación de un desastre endémico a nuestra sociedad. El cambio anunciado por Foucault nos sitúa en un espacio ya no de la rareza de lo abyecto, ni en un estado patológico transitorio y, al igual que Bolaño, enrostra su propio movimiento, su lógica interna que funciona necesariamente desde estas disimetrías sociales. En “La parte de los crímenes” la operatota narrativa funciona en alterar esta lógica global y se concentra en determinar dónde y cómo se producen los efectos locales del poder, cómo funcionan los procesos de sometimiento del cuerpo, los gestos y los comportamientos, esto es, cómo se han constituido materialmente los sujetos.

El caso de las trabajadoras de las maquilas constituye un claro ejemplo de esta nueva tecnología de regulación. Ileana Rodríguez<sup>4</sup> atiende a la producción social de esta nueva forma de trabajo al afirmar que:

Maquilas produce migrations, demographic saturation, urban restructuring, reordering of gender relations, sociocultural segregations, and overall disorder. The investment of capital in the form of maquilas does reconfigure the public space, but it makes no provisions for urban development, hence bringing a socialization of labor reminiscent of Dickens to coexist alongside cybernetic

<sup>4</sup> Ileana Rodríguez, "Feminicidio, or the Serial Killings of Women." En *Liberalism at its limits: crime and terror in the Latin American cultural text*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2009.



robotization. In this manner, the earliest and latest versions of industrialization coalesce. (2009, 167)<sup>5</sup>

El esquema global del capitalismo de flujos, desestabiliza los territorios, interviniendo en la noción de límites o bordes dentro de los cuales los individuos circulan como fuerza de trabajo sustituibles. Ante ello, Bolaño rompe de manera persistente la fórmula de lo colectivo, insistiendo mediante la repetición de los crímenes la individualización de los sujetos que forman parte de esta dinámica global. La violencia desatada tanto en la forma narrativa en que son presentados innumerables casos de asesinatos contra mujeres devuelve el rostro, el cuerpo y la identidad de sujetos pauperizados que sólo forman parte de una atroz estadística de anomalías innecesarias e inconexas entre sí. En los crímenes narrados, los cuerpos son individualizados, dando cuenta con su desciframiento la constatación de las experiencias como flujos, la mayoría con moradas transitorias, poblaciones temporales que persisten a pesar de la precariedad cultural y simbólica de la ciudad letrada; levantadas como refugio de emergencia de obreros, en medio de migraciones constantes. Ni la muertes de Santa Teresa, ni la figura del feminicidio constituyen excepciones, o como Benjamin afirma “La tradición de los oprimidos nos enseña que el ‘estado de excepción’ en que vivimos es la regla” (1995, 53). Hay una larga genealogía de la violencia que sitúa a los asesinatos de Santa Teresa más allá de su propia particularidad. Esto es precisamente lo que expresa un investigador norteamericano en “La parte de Fate”, capítulo/novela previa a “La parte de los crímenes”:

Los muertos de la Comuna no pertenecían a la sociedad, la gente de color muerta en el barco no pertenecía a la sociedad, mientras que la mujer muerta en una capital de provincia francesa y el asesino a caballo de Virginia sí pertenecían, es decir, lo que a ellos les sucediera era escribible, era legible. Aún así, las palabras solían ejercitarse más en el arte de esconder que en el arte de develar. O tal vez develaban algo. ¿Qué?, le confieso que yo lo ignoro. (Bolaño 2004, 339)

La violencia a la mujer que se presenta en esta novela introduce la problemática del feminicidio no como un influjo anómalo dentro de un orden serializado, sino más bien, como un resultado necesario promovido por una sociedad que determina el valor de los sujetos en torno a su inserción y función dentro de este esquema globalizado de producción. Por tanto, la narrativa de Bolaño más que producir, dentro de la ficción, una suerte de genealogía de lo patológico, se centra en dilucidar los verdaderos mecanismos endógenos que hacen posible dicha violencia. La relación entre los asesinatos “en serie” y las muertes por violencia familiar se hace necesaria, respondiendo ambas a una dinámica más profunda que permea la sociedad.

La consideración negativa hacia la mujer traspasa todas las estructuras sociales y culturales en la novela. Por ejemplo, el reportero Sergio González, quien realmente se preocupa por la situación de las mujeres asesinadas en Santa Teresa y que al ver un largo bostezo de la prostituta que escuchaba el relato,

---

<sup>5</sup> “Las maquilas producen migraciones, saturación demográfica, reestructuración urbana, reordenamiento de las relaciones de géneros, segregaciones socioculturales y desorden general. La inversión de capital en la forma de maquilas reconfigura el espacio público, pero no considera el desarrollo urbano, por lo que hace coexistir la sociabilidad del trabajo a lo Dickens con la robotización cibernética. De esta forma, se unen las más tempranas y las más recientes versiones de la industrialización” (La traducción es mía)



[...] concitó el enojo de Sergio, quien exasperado le dijo que en Santa Teresa estaban matando putas, que por lo menos demostrara un poco de solidaridad gremial, a lo que la puta le contestó que no, que tal como él le había contado la historia las que estaban muriendo eran obreras, no putas. Obreras, obreras, dijo. Y entonces Sergio le pidió perdón y como tocado por un rayo vio un aspecto de la situación que hasta ese momento había pasado por alto. (583)

Sergio González, quien es el más comprometido y dedicado reportero que intenta esclarecer los crímenes, a pesar de sus buenas intenciones, está comprometido con un conjunto de prejuicios y delimitaciones en torno la mujer que, sin quererlo, definió el asesinato de mujeres como muerte de prostitutas.<sup>6</sup> ¿Cuál es la relación implícita que se desprende de esto? ¿No hay aquí una noción de la mujer como mercancía que se arrastra por siglos y que el capitalismo moderno ha reforzado? Es lo que súbitamente logra reconocer el policía Olegario Cura Expósito, apodado Lalo Cura, de los pocos que escapan de la abulia y la resignación quien, luego de un extenso relato de chistes misóginos que contaba un colega y donde todos se reían con agrado<sup>7</sup>. Las muertes, los chistes, comienzan a ser presentados como un conjunto, como una filiación macabra establecida por una genealogía traspasada por la figura de los hijos de la chingada como

<sup>6</sup> Cabe destacar que esta filiación entre feminicidio y la consideración de prostitutas de las víctimas es analizada en el libro de Ainhoa Vásquez *Feminicidios en Chile: una realidad ficcionada* (2015). Si bien, el libro de Vásquez excede el objetivo de este trabajo, es importante destacar que allí Vásquez analiza la figura del feminicidio en distintas formas aparecidas en novelas, teleseries, destrabando la compleja interrelación de estructuras simbólicas constituidas en la sociedad chilena y los formatos ficcionales que dialogan con ellas. Así, cabe mencionar la similitud entre la novela que estamos tratando aquí y su correlato con las muertes de ciudad Juárez y los crímenes cometidos contra mujeres en la localidad nortina de Alto Auspicio, “un lugar que se define como el patio trasero, la bodega o el sótano de Iquique, azotado por la pobreza, la delincuencia y la marginalidad, donde la ley parece permanecer ajena” (139). Allí, comenzaron a sucederse desapariciones y posterior muerte de mujeres durante tres años (1999-2001), lo que dio lugar a una serie de narrativas que intentaron visibilizar esta realidad. Es el caso de la novela *Alto Auspicio* (2008) de Rodrigo Ramos Bañados quien atiende esta consideración de las víctimas como prostitutas: “llegó al diario reclamando a chuchada limpia que ni los pacos ni los ratis hacían nada por la desaparición de su hija. Los periodistas no la tomaron en serio, menos cuando dijo que su hija trabajaba en el ‘Renacer’. Puta no más. (16, citado en Vásquez 143).

<sup>7</sup> La serie de chistes relatados en casi tres apretadas páginas son decisivas para definir la consideración que se establece entre la mujer y, por un lado, su condición sexual disponible para ser usada y, por otro, la falta de inteligencia que la hacen especial para labores básicas de cuidado de la casa. “Decía: ¿por qué las mujeres no saben esquiar? Silencio, Pues porque en la cocina no nieva nunca. [...] Y el contador de chistes decía: a ver, valedores, defínanme una mujer. Silencio. Y la respuesta: pues un conjunto de células medianamente organizadas que rodean a una vagina. Y entonces alguien se reía, un judicial, muy bueno ése. González, un conjunto de células, sí, señor. Y otro más, éste internacional: ¿por qué la Estatua de la Libertad es mujer? Porque necesitaban a alguien con la cabeza hueca para poner el mirador. Y otro: ¿en cuántas partes se divide el cerebro de una mujer? ¡Pues depende, valedores! ¿Depende de qué, González? Depende de lo duro que le pegues. [...] ¿por qué las mujeres no pueden contar hasta setenta! Porque al llegar al sesentainueve ya tienen la boca llena. Y más caliente: ¿qué es más tonto que un hombre tonto? (Ése era fácil.) Pues una mujer inteligente. Y aún más caliente: ¿por qué los hombres no les prestan el coche a sus mujeres? Pues porque de la habitación a la cocina no hay carretera. Y por el mismo estilo: ¿qué hace una mujer fuera de la cocina? Pues esperar a que se seque el suelo. Y una variante: ¿qué hace una neurona en el cerebro de una mujer? Pues turismo. Y entonces el mismo judicial que ya se había reído volvía a reírse y a decir muy bueno, González, muy inspirado, neurona, sí, señor, turismo, muy inspirado. Y González, incansable, seguía: ¿cómo elegirlas a las tres mujeres más tontas del mundo? Pues al azar. ¿Lo captan, valedores? ¡Al azar! ¡Da lo mismo! Y: ¿qué hay que hacer para ampliar la libertad de una mujer? Pues darle una cocina más grande. Y: ¿qué hay que hacer para ampliar aún más la libertad de una mujer? Pues enchufar la plancha a un alargue. Y: ¿Cuál es el día de la mujer? Pues el día menos pensado. Y: ¿cuánto tarda una mujer en morir de un disparo en la cabeza? Pues unas siete u ocho horas, depende de lo que tarde la bala en encontrar el cerebro. Cerebro, sí, señor, rumiaba el judicial”. (690)



elemento simbólico de Latinoamérica. Lalo Cura comienza a pensar en su propia historia, en sus antepasados mujeres que fueron violadas, sometidas como condición casi natural y constante de una sociedad que ha incorporado al cuerpo social a las mujeres mediante la relación violenta y sexual del ejercicio de la violación. El recuerdo de su origen lo incorpora al interior de una larga lista de violaciones de sus antepasados, del recuerdo que comienza allá por 1865 “con una huérfana sin nombre, de quince años, violada por un soldado belga en una casa de adobes de una sola habitación en la afueras de Villaviciosa” (693) Del mismo modo Klaus Haas, uno de los detenidos por los crímenes que alega inocencia, le pregunta a uno de los presos si las mujeres asesinadas merecían morir, ante lo que “me miró y me dijo que eran unas putas. ¿O sea, se merecían la muerte?, dije. No, dijo el preso. Se merecían ser cogidas cuántas veces tuviera uno ganas de cogerlas, pero no la muerte”. (613) Violencia, reproducción y matrimonio se unen en un fuerte abrazo del que aún no podemos desprendernos.

Esta estructura asimétrica del lugar de la mujer y el del hombre pueden ser comprendidos en la familia como eje central del capitalismo moderno. Engels, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* en 1884 advierte que el origen de la familia monogámica deriva del latín *Famulus* como “el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre” (Engels 2006, 64). Y afirma que:

Esta expresión la inventaron los romanos para designar un nuevo organismo social, cuyo jefe tenía bajo su poder a la mujer, los hijos y cierto número de esclavos, con la patria potestad romana y el derecho de vida y muerte sobre todos ellos. [citando a Morgan] La palabra no es, pues, más antigua que el férreo sistema de familia de las tribus latinas, que nació al introducirse la agricultura y la esclavitud legal y después de la separación entre los itálicos y los griegos. (65)

Así, para Engels la familia poligámica “Se fundamenta en el predominio del hombre y su fin expreso es el de procrear hijos cuya paternidad sea indiscutible. Esta paternidad indiscutible se exige porque los hijos, en calidad de herederos directos, han de hacerse un día con los bienes de su padre” (68). Entonces, la familia moderna constituye un contrato en el cual el marido adquiere derechos no sólo de los bienes de la mujer, sino también asegura la permanencia de los bienes por medio de la herencia establecido para los hijos legítimos al interior del matrimonio. Este carácter contractual del matrimonio también establecería un lugar dentro del horizonte de la sociedad capitalista moderna de la mujer y los roles que debe representar en esta trama social.

Carole Pateman destaca que las sociedades modernas han fundado sus principios de constitución y de derechos por medio de la noción de contrato social. Tanto Rousseau y Hobbes plantearon que el establecimiento de la sociedad implica un acuerdo social que garantiza la convivencia entre los hombres, y por tanto, mediante él podrán ejercer el derecho de intervenir en la vida social bajo el resguardo del poder normativo que velará por el bien común de los hombres. Acá y todas las teorías del contrato social se plantea que es un acto de libertad, al cambiar la libertad natural por una libertad civil. Sin embargo, destaca Pateman, lo que no se ha advertido es que en este esquema la mujer aún no tiene ninguna participación. Para incluirla en este contrato que legitima sus derechos, se la incluye, por tanto, como sujetos de derecho que ha establecido un contrato sexual entre el hombre y la mujer, con el cual la mujer al aliarse a un hombre, mediante su presencia puede tener un cierto reconocimiento social, pero solamente derivado del derecho masculino sobre ella.



Estas familiares lecturas de las historias clásicas evitan mencionar que está en juego mucho más que la libertad. La dominación de los varones sobre las mujeres y el derecho de los varones a disfrutar de un igual acceso sexual a las mujeres es uno de los puntos en la firma del pacto original. El contrato social es una historia de libertad, el contrato sexual es una historia de la sujeción. (Pateman 1995, 10)

Esto para Engels constituye el núcleo central de la lucha de clases del capitalismo, en tanto se produce una identificación entre el hombre como el sujeto burgués y la mujer como el proletariado que se presenta en la sociedad capitalista como el sujeto explotado y bajo la dominación del hombre.

Por tanto, la monogamia no aparece de ninguna manera en la historia como una reconciliación entre el hombre y la mujer, y menos aun como la forma más elevada de matrimonio.[...] el primer antagonismo de clase que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clases, con la del sexo femenino por el masculino. (72)

La explotación de la mujer como clase oprimida se presenta doblemente en la novela, en tanto clase trabajadora de las maquilas, sometidas a condiciones miserables de trabajo, sin ninguna protección social, y a la condición sexual de su relación con la sociedad patriarcal que las percibe como mercancías, objetos de uso y de cambio. Esta condición de desprecio traspasa todo el conjunto social como un inconsciente político que se refleja claramente en un largo relato de policías contando chistes de mujeres. “Las mujeres son como las leyes, fueron hechas para ser violadas” (691). La larga cadena de chistes aparentemente graciosos que desenmascaran un profundo y arraigado desprecio que se reconoce en la reflexión de uno de los personajes. “Entonces el judicial, exhausto de una noche de trabajo, rumiaba cuánta verdad de Dios se hallaba escondida tras los chistes populares” (691). La certeza desplegada por el judicial al constatar cuánta verdad hay en estos chistes, constituye el trazo común que une los crímenes ritualizados que podrían identificarse con ciertos grupos (pandillas, narcotraficantes, etc.) y los crímenes domésticos. Responden a una violencia de origen que ha establecido una relación genérica jerárquicamente demarcada y que las relaciones económicas modernas han incrementado. Bajo este esquema, la doble proletarización de las mujeres asesinadas en la obra de Bolaño permite que ante la indefensión y despreocupación, los odios y la violencia de grandes segmentos de nuestra sociedad puedan encontrar el espacio necesario para descargar sus frustraciones.

### ALEGORÍA DE UNA ÉPOCA OSCURA.

¿Cómo podemos comprender el futuro que se dibuja en esta narración? ¿Qué nos quiere decir Bolaño cuando construye un presente de ruinas y cadáveres sobre un futuro lejano en el que nosotros seríamos su pasado que hay que recuperar? ¿Qué se recupera y qué se repite en este 2666, en los bordes de una sociedad miserablemente abyecta? Los destellos de pobreza y podredumbre que se vislumbran en la obra de Bolaño nos enfrentan cara a cara con la pesadilla y el desencanto del sueño moderno de emancipación y cordura. La utopía de Fukuyama se ha desmoronado porque las ideologías no se han terminado, ni el capitalismo a reconciliado todas



las contradicciones que por siglos los seres humanos hemos debido enfrentar. La apuesta de Bolaño conecta lo que se podría llamar una reconciliación de una estética con una ética de la memoria. La aparición de los fantasmas de Marx que presagiaban el comunismo en Europa ha sido exorcizada por un capitalismo que no quiere espectros, ni historias de un pasado inhóspito, sino la bienaventuranza de un sueño relativo y antojadizo que devora. Aquí vendría bien en considerar la noción de alegoría desarrollada por Benjamin puesto que permite reconocer y destruir la noción teleológica de la historia e insertar estos crímenes en cuanto ruinas de una historia, de una razón tecnocrática global que intenta por todos los medios esconder los horrores en los que está construida.

La noción de alegoría es desarrollada por Benjamin en su obra *El origen del drama barroco alemán*<sup>8</sup>. En ella afirma que la temporalidad establece el sentido privilegiado de la alegoría, en tanto representaría el curso de una historia que se mueve en una pura transitoriedad, a diferencia del símbolo que se presenta como fijo e igual a sí mismo. Para el Romanticismo alemán la obra de arte es simbólica en tanto manifestación de una idea y la belleza de la obra de arte se relaciona y depende de su vinculación con lo absoluto y lo divino de tal forma que “lo bello, en tanto que creación simbólica, debe formar un todo continuo con lo divino” (152).

La alegoría entonces, pese a mostrar la historia como un proceso en movimiento, se detiene en lo ruinoso y decadente que tiene el curso de la historia transitada, en la fijación del devenir que se petrifica en el instante de su fugacidad. La alegoría muestra la historia en su proceso de mortificación y decadencia, de su transitoriedad, de lo efímero en tanto ruina de lo que en un pasado fue algo y que ahora solo quedan sus restos, como “historia de los padecimientos del mundo, el cual sólo es significativo en las fases de su decadencia” (Benjamin 1009, 159).

La noción alegórica de la historia se opone radicalmente al historicismo que Benjamin ha cuestionado como el carácter acumulativo de la historia.

El materialismo histórico no puede renunciar al concepto de un presente que no es tránsito, sino en el cual el tiempo está fijo y ha llegado a su detenimiento. Pues este concepto define precisamente ese presente en el cual escribe historia por cuenta propia. El historicismo postula la imagen “eterna” del pasado, el materialismo histórico, una experiencia con éste que es única<sup>9</sup>.

Desde este punto de vista, el historicismo implica una justificación de lo actual, en tanto condición de su historia que permite su justificación y le designa un principio de ciudadanía posible y necesaria. Benjamin apela a la noción de ruina propio de la alegoría como experiencia catastrófica de un presente que solo puede ser redimido apelando a los vencidos, a la derrota como condición necesaria de la experiencia de singularización de los cadáveres que han poblado nuestra historia oficial.

La voz narrativa de “La parte de los crímenes” carece de afectividad y sentimiento. Es una voz objetiva que relata los cuerpos y sus marcas, serializando los restos que encuentra a su paso y que se obstinan en permanecer ocultos en su origen. Este tono descriptivo y meticuloso en detalle refiere en su forma al discurso médico, tanatológico que reconoce a los cuerpos como organismos que alguna vez tuvieron vida y que es preciso identificar para determinar las causas de su muerte.

<sup>8</sup> Walter Benjamin, *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Editorial Taurus, 1990.

<sup>9</sup> Walter Benjamin, *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Translated by Pablo Oyazún. Santiago: ARCIS-LOM, 1995: 62.



Cabe recordar aquí que para Foucault el discurso médico adquiere supremacía en la biopolítica del poder, privilegiando la voz objetiva y clara de la clasificación, seriación y secuencia casi automática. Sin embargo, el discurso médico no es la única voz narrativa presente en la novela, contrasta con la incorporación de historias personales, de amores, espacios transitorios de existencias que rehúsan ser limitadas a pura estadística. El narrador pluraliza entonces las perspectivas al fragmentar la narración entre una repetición fría y deslavada por una comprensión de esos cuerpos como presencias que no se dejan acallar y que quieren hablar en el relato.

Los cadáveres esparcidos en el relato nos hablan de un mundo donde los dioses ya no existen, donde no hay totalidad posible que redima la fragmentación y la mutilación, pero que no se abandonan al olvido, coma única opción posible de una estética narrativa descomprometida. Un discurso que en la obra de Bolaño se asume como una voz artificial, paródicamente objetivada que en su devenir produce la irrupción de una mirada ante una sociedad que ha sido construida sobre cementerios clandestinos, sobre cuerpos degradados que se han hecho polvo sobre los cuales los hombres han construido sus carreteras y sus ciudades.

Mientras que en el símbolo, con la transfiguración de la decadencia, el rostro transformado de la naturaleza se revela fugazmente a la luz de la redención, en la alegoría la facies hippocrita de la historia se ofrece a los ojos del observador como pasaje primordial petrificado: todo lo que la historia tiene de intempestivo, de doloroso, de fallido, se plasma en un rostro o, mejor dicho, en una calavera. (Benjamin 1990, 159)

El ángel de la historia que Benjamin cifra con su mirada en el cuadro de Klee, al igual que Bolaño observa la historia como un conjunto de ruinas que constituyen su devenir histórico. No hay intento de maquillar las atrocidades cometidas por los hombres y que fundan nuestro presente. “La parte de los crímenes” es un relato que intenta, mediante la repetición de los crímenes y la genealogía de la violencia, despertar de un olvido crónico; ése que ya no quiere recordar lo que fue ni a los que fueron derrotados en el camino. Pero la reiteración no es el único mecanismo en el que los cuerpos hablan. La derrota de las vidas arrojadas al desfiladero del porvenir emergen de sus cadáveres y los relatos de vida, alegrías, miserias susurran a todo aquel que quiera oír sus precarias voces.

En marzo de 2003, durante la presentación de la versión en inglés de *Nocturno de Chile*, Bolaño se refiere al epígrafe utilizado posteriormente en 2666:

Muchas veces me he planteado hasta qué punto, y esto que voy a decir es una barbaridad terrible, el placer –que en mi juventud era la llave de la revolución o era la compañía ideal del acto revolucionario– nos lleva, a la larga e irremisiblemente, hacia el crimen. Baudelaire tiene un verso magnífico al respecto. Cuando él habla del tedio, del aburrimiento, él dice en el poema “El viaje” lo siguiente: “un oasis de horror en medio de un desierto de aburrimiento”. Todo finalmente se reduce a eso. Vivimos en un desierto de aburrimiento, en un desierto infinito de aburrimiento que comienza con nuestro nacimiento y acaba con nuestra muerte. Pero en el cual hay un oasis. En ese oasis se producen los actos más inhumanos, más bestiales, más repulsivos para cualquier tipo de ética. Pero que, a la vez, nos concede esos actos un instante de soberanía, de soberanía total. Y ese instante de soberanía nos arranca del aburrimiento. (Peters 2016)

El tedio y el aburrimiento como el pathos de nuestra época y de ese 2666 están demarcados en la escritura de Bolaño, dando paso a una prefiguración del horror como su máspreciado producto. Es el mundo que se descompone, como los cuerpos y que no cabe más que enrostrar ante el lector la petulancia de su fracaso. La materialidad de los cuerpos implica abandonar una narrativa de la "verdad", develando el fracaso de la ciudad letrada incapaz ya de establecer los orígenes de la atrocidad. Los cuerpos con sus marcas y registros refieren un secreto que se multiplica, se fragmenta en distintas partes, sin conducir a un origen. Patricia Espinosa<sup>10</sup> se refiere a este secreto:

Pero es un simulacro de secreto, un secreto que ha perdido su esencia y que opera modulado de dos formas: el secreto lúdico, que encanta, que genera entusiasmo, y el secreto que impone fracaso, desencanto. Habría, por tanto, un secreto de corte vitalista (Los detectives) y un secreto ominoso (2666). En ambos textos el secreto simulacral no requiere ser descubierto; el secreto se mantiene siempre como indeterminación. Porque, para Bolaño, lo indeterminado es la vida y la determinación es la muerte. Todo aquello que se territorializa, que se fija, muere. Como ejemplo de ello, tenemos a Cesárea Tinajeros en Los detectives, que fallece poco después de ser encontrada. Hallar es igual a muerte. Todo lo que se encuentra, muere o está muerto. Tal como los cadáveres encontrados en Santa Teresa (78).

El gesto ético fundamental en la obra de Bolaño se encuentra precisamente en intervenir en la tempestad que se enreda en las alas del ángel de la historia de Benjamin, que "[b]ien quisiera demorarse, despertar a los muertos y volver a juntar lo destrozado" (1995, 53), tempestad que se obstina en volcar al ángel hacia el progreso sin detenerse en aquellos que quedaron en el camino.

La obra de Bolaño es una mirada a las ruinas de un futuro donde los cuerpos son despojados, mutilados en tanto desechos de una tendencia global que los pone en el espacio del basural del mundo. El gesto del narrador de la obra de Bolaño mediante la reiteración llevada hasta el hastío reúne los restos de un tiempo que al presentarse incorpora la imposibilidad de un olvido que configura un futuro desarticulado y atroz. "¿Acaso no nos roza un hálito del aire que envolvió a los precedentes? ¿Acaso no hay en las voces a las que prestamos oídos un eco de otras, enmudecidas ahora?" (Benjamin 1995, 48).

Los fragmentos y las ruinas que Bolaño narra comprenden que nada puede informarnos mejor del curso del proceso histórico que los desechos que él excreta. Aquello que bajo el punto de vista alegórico podría quebrantar la negatividad de lo existente no son las perspectivas de victoria, que sólo refuerzan su dominio, sino aquello que fue derrotado y aniquilado y de modo negativo reclama una redención pendiente.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benjamin, Walter. *El origen del drama barroco alemán*. Madrid: Editorial Taurus. 1990  
Benjamin, Walter. *La dialéctica en suspenso*. Fragmentos sobre la historia. Traducción de Pablo Oyazún. Santiago: ARCIS-LOM. 1995.

<sup>10</sup> Patricia Espinosa, "Secreto y simulacro en 2666 de Roberto Bolaño", *Estudios Filológicos* (41): 71-79, 2006.



César Zamorano Díaz

- Bolaño, Roberto. 2666. Barcelona: Anagrama, 2004.
- Engels, Frederick. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Madrid: Fundación Federico Engels, [1884] 2006.
- Espinosa, Patricia. "Secreto y simulacro en 2666 de Roberto Bolaño". *Estudios Filológicos*, n°41 (2006): 71-79.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- Pateman, Carole. *El contrato sexual*. México: Anthropos, 1995.
- Peters, Tomás. "Roberto Bolaño en Londres." *Revista Chilena de Literatura*, n° 92 (2006): 273-281.
- Ponce-Cordero, Roberto. "A Dynamo of Violent Stories: Reading the Femicidios of Ciudad Juárez as Narratives." Doctor of Philosophy, Hispanic Languages and Literatures, University of Pittsburgh, 2016.
- Rodríguez, Ileana. "Femicidio, or the Serial Killings of Women." En *Liberalism at its limits: crime and terror in the Latin American cultural text*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2009.
- S/A. "Nota de los herederos del autor." En 2666, edited by Roberto Bolaño, 11. Nueva York: Vintage español, 2004.
- Vásquez Mejías, Ainhoa. *Femicidio en Chile: Una realidad ficcionada*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2015.

